



PRACTICA PROFESIONAL II

CAMPO DE PRÁCTICA PROFESIONAL

NIVEL SUPERIOR

2021

PROF.: DANIEL GANDUR



INSTITUTO MARIANO MORENO

ESPACIOS CURRICULARES:

PRACTICA PROFESIONAL II

PROFESOR: DANIEL ALEJANDRO GANDUR

DESTINATARIOS: ALUMNOS DE 2do año de NUESTRA INSTITUCIÓN

PERÍODO LECTIVO: 2021

Estimados alumnos:

Ante la suspensión de clases presenciales por cuestiones de público conocimiento, a continuación les presento una serie de actividades a realizar para ser presentadas el día de regreso a clases presenciales, las cuales nos permitirán continuar con nuestra tarea formativa sin interrumpir nuestra trayectoria escolar.

IMPORTANTE: TODAS LAS ACTIVIDADES DEBERAN SER REALIZADAS EN TU CARPETA de AULA VIRTUAL

ACTIVIDADES INTRODUCTORIAS A LA UNIDAD CURRICULAR

ACTIVIDAD N° 1:

En esta oportunidad te proponemos la lectura del capítulo 2 que lleva por título: “Enseñamos para que los demás vivan la alegría de nuestros propios conocimientos”. Entre algunos de sus aportes se destaca: “La enseñanza es un medio para retribuir a aquel maestro que nos permitió descubrir el mundo y que su influencia nos ha ayudado a construimos”. Con estas palabras Meirieu nos alienta a los docentes a reflexionar sobre los modos de enseñanza -el acto pedagógico- y a defender una docencia centrada en ayudar al alumno tanto en la comprensión como en su motivación.

CONTENIDOS CONCEPTUALES PROPIOS DE LA UNIDAD CURRICULAR A DESARROLLAR:

EJE TEMÁTICO I: La institución y el aula: ¿Qué observar?: La entrada a la institución educativa y al aula. Las lógicas y dimensiones institucionales y áulicas. La institución y el aula en situación, ¿Qué mirar? El trabajo de campo y la observación

didáctica como fuentes privilegiadas de información. El tratamiento de los datos a partir de registros, reflexión y crítica.

ANTES DE COMENZAR A DESARROLLAR LOS CONTENIDOS PROPIOS DE LA PRESENTE UNIDAD CURRICULAR, ES NECESARIO DESARROLLAR UNAS ACTIVIDADES DE INICIO QUE A CONTINUACION LES PRESENTO.

**Está usted mirando hacia fuera, y
precisamente esto es lo que ahora no debería
hacer. Nadie le puede aconsejar ni ayudar
Nadie... No hay más que un solo remedio:
adéntrese en sí mismo.**

(Rainer Maria Rilke. Cartas a un joven poeta)

ACTIVIDAD N°1

A partir de la lectura del capítulo, te proponemos las siguientes actividades:
Consignas:

- 1** – Realiza una reseña del Capítulo 2: “Enseñamos para que los demás vivan la alegría de nuestros propios conocimientos”.
- 2** –Cómo debe ser un futuro profesor: ¿cuáles son las cuestiones más relevantes para debatir sobre este tema a partir de la lectura del texto?
- 3** – Registrar las dudas y preguntas sobre el texto para compartir en clases con tus compañeros y profesor.

Enseñamos para que los demás vivan la alegría de nuestros propios descubrimientos

En el fondo de nuestra vocación hay un encuentro creador de todo. Estoy convencido de que si actualmente sois profesor es porque un día u otro, durante vuestra escolarización, conocisteis a algún profesor cuya voz todavía resuena dentro de vosotros. Tal vez ya os fijasteis en él el primer día del curso y os dijisteis: «Éste, o ésta, no es igual que los demás...». O bien, os fue domesticando poco a poco, a lo largo del curso, hasta el punto de que el día en que empezaban las vacaciones os sentisteis tristes y huisteis de los festejos habituales para ocultar vuestro enfado solo en un rincón. Nunca le habéis confesado a nadie la importancia que tuvo para



vosotros, y menos todavía a los compañeros y compañeras de clase. Este tipo de confesión es imperdonable y os condena a las burlas constantes o a la persecución. Tampoco les dijisteis nada a vuestros padres: satisfechos de ver a su hijo valorar la escuela pero suspicaces con respecto a aquél cuya influencia podría competir con la de ellos. Desde el famoso cuento del flautista 1, los adultos siempre alimentan una especie de inquietud con respecto a la persona que seduce a sus hijos; todos ellos tienen, en algún lugar, una deuda pendiente y temen que se la hagan pagar muy caro: robándoles a su hijo o hija. Asimismo, en la mayoría de los casos, este encuentro es para vosotros un asunto íntimo... Sin embargo, a partir de este momento, habéis empezado a trabajar de otra manera. A escuchar de otra manera, a mirar de otra manera, a vivir de otra manera lo que sucedía en clase: por fin, estabais presentes en la clase. Pero no se trataba de una presencia episódica, cuando uno «se conecta» entre dos ensoñaciones mientras sigue mirando de reojo las agujas del reloj, sino de una presencia con una densidad especial. La sensación de que sucede «algo» importante que compromete a todo vuestro ser: corazón e inteligencia. Incluso cierta exaltación que nunca habríais sospechado y que no os atrevéis a nombrar: «El inglés o la biología... ahora me interesan.» Claro que la expresión es bastante limitada para una realidad tan particular: un acuerdo casi perfecto, una forma de entrar en relación, mediante otro ser, con un objeto de saber que –si bien vosotros todavía no tenéis conciencia de ello– os eleva y os ayuda a crecer. Por supuesto, no han desaparecido todas las dificultades de un día para otro, pero algo ha cambiado: ahora existe, para vosotros, una posibilidad, en el futuro, de aprender esa asignatura. Habéis sentido esta forma de júbilo del espíritu que, de golpe, encaja con el mundo que éste descubre. Uno no sale incólume de una aventura como ésta 2. Toda la vida seguimos siendo el alumno del maestro que nos ha abierto la puerta al saber. Y probablemente, una de las debilidades principales de nuestra condición humana es la de necesitar, para llevar a cabo esta experiencia, la mediación de un hombre o una mujer cuyo espíritu se ha adueñado, antes que nosotros, de un objeto de saber, y cuyas palabras nos lo hacen asequible. No cabe duda de que seríamos menos vulnerables, porque seríamos más «autosuficientes», en el sentido más amplio del término, si fuéramos capaces de llegar a esta experiencia solos. Pero incluso el propio Robinson Crusoe sólo aprende por mediación de los objetos que recoge de los restos del naufragio y ningún «pequeño



salvaje» a quien se haya privado durante mucho tiempo de la presencia humana ha llegado a convertirse en adulto 3 . Así tenemos que ser introducidos en el mundo y acompañados hacia el conocimiento. Así quedamos para siempre en deuda con quienes, junto a los aprendizajes mecánicos y rutinarios, nos han dejado entrever lo que significa de verdad aprender. Por siempre deudores y por siempre alumnos. Igual que Albert Camus, quien, al día siguiente de recibir el premio Nobel, expresó su gratitud a su maestro de antaño, el señor Germain, sin el cual «nada de todo esto habría ocurrido» antes de firmar: «uno de sus pequeños alumnos que, a pesar de la edad, no ha dejado de ser su alumno agradecido». Y es que la clase del señor Germain era algo extraordinario... «Por primera vez, (unos alumnos) sentían que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se les juzgaba dignos de descubrir el mundo» 4. Por eso, uno es «elevado». Y siempre seguirá siendo un «alumno» 5. Nosotros somos los encargados de hacer vivir a los demás el acto creador que hemos vivido. Y todos nosotros, vosotros y yo, tenemos un señor Germain en nuestra historia. A veces, nos olvidamos de él por un momento, sin embargo, su influencia nos ha ayudado a construirnos. En algún momento de nuestra vida, cuando hemos tenido que elegir los estudios o decidir nuestra orientación profesional, hemos recuperado la imagen de nuestro maestro, el señor Germain. Fugazmente o durante más tiempo. Es una lección de aritmética sobre la proporcionalidad –viejos recuerdos de la escuela primaria– que nos lleva imperceptiblemente hacia el profesorado, justo cuando las presiones familiares nos empujaban, con toda naturalidad, a ser ingenieros. Es este sentimiento, descubierto en educación física, de dominar completamente el propio esfuerzo, de ajustar con precisión el movimiento, de habitar totalmente el cuerpo gracias a la inteligencia de su actividad motriz, el que puede, un día, hacer que elijamos la carrera de profesor de educación física y deportes cuando sería mucho más prestigioso embarcarse en la aventura de la competición. Es el recuerdo del carácter absolutamente fabuloso del aprendizaje de la lectura o del misterio infinitamente precioso que oculta todo mapa geográfico que puede hacer que nos decidamos a abrir, cuando nos toque, las puertas de lo desconocido a otros niños. Es el recuerdo de un experimento científico lo que nos ha puesto, de golpe, ante perspectivas fantásticas, o incluso la admiración sentida ante un texto literario, que podría parecer muy ingrato pero que acabamos recitando cien veces al día, de tan necesario que se ha convertido para nosotros... todo esto es lo que nos alienta a intentar que se produzca, llegado el



momento, el acto pedagógico. A partir de ese momento, no es de sorprender que consideremos nuestra labor como un medio de hacer vivir a los demás la alegría de descubrir lo que nosotros mismos hemos vivido. En todo profesor existe la nostalgia de una «escena primitiva», como dicen los psicoanalistas, que éste conserva celosamente. Y no hay nada de malo en este fenómeno. Todo lo contrario: es una extraordinaria fuente de energía. También es un punto de referencia, una baliza para navegar durante el temporal. Pues la fidelidad a este acto creador nos sigue proporcionando un horizonte posible cuando las condiciones de ejercicio del trabajo cambian, los programas evolucionan y todo lo que en la escuela nos recordaba a nuestra propia escolaridad ha desaparecido. Así es como, en primer término, enseñamos para mostrarnos dignos de aquel o aquella que antaño nos enseñó. Es de ahí de donde tal vez extraigamos la determinación y la energía para pasar por las horcas caudinas de unas oposiciones con pruebas siempre difíciles, con frecuencia ingratas y raramente adecuadas a la profesión que tendremos que ejercer. El rito iniciático interviene aquí plenamente y opera la transubstanciación que nos permite esperar, finalmente, estar a la altura del profesor. Una exigencia evidentemente imposible de satisfacer: nuestros recuerdos de alumnos siempre son también recuerdos de infancia... anteriores al descubrimiento de la inevitable mediocridad del mundo. Del tiempo en que todavía conseguíamos olvidar a los que estaban a nuestro alrededor, aquellos que, al contrario que nosotros, no lograban hallar placer en armonizar la frase o resolver el ejercicio, los que se quedaban en la cuneta, como nosotros mismos, quizás, en otra época o en otra asignatura... 6 Una aspiración legítima al encuentro ideal con alumnos perfectos. Sin duda es por ello que todo profesor sueña en su labor como en la transmisión de tesoros fascinantes para discípulos conquistados. Es por ello que aspira a «un acto pedagógico total», como Sócrates, en Fedra de Platón, que conversa agradablemente con su alumno mientras se pasea por la orilla de un arroyo: Giremos por aquí y bajemos por el llisos: nos sentaremos tranquilamente en el lugar que más nos plazca. [...] Creo que debería tenderme en la hierba, tú ponte como te sientas más cómodo para leer y empieza. Situación idílica donde la comunión es tal entre el maestro y su discípulo que este último es el que, en el momento de marcharse, marca el paso: Todavía no, Sócrates, no antes de que el calor haya pasado. ¿No ves que es casi mediodía, la hora de más calor? Mejor nos quedamos a charlar de lo que acabamos de decir... 7 Evidentemente, sabemos muy bien que hace siglos que el río llisos ya no pasa por



delante de la tarima del profesor. Hemos comprendido perfectamente que actualmente la transmisión se organiza en grupos, se efectúa en espacios y horarios limitados, a partir de programas impuestos y con multitud de tareas enmarcadas de las que no podemos escabullirnos: verificación de ausencias, corrección de los trabajos y evaluaciones de todo tipo, reuniones de concertación, encuentro con las familias, redacción de proyectos múltiples y de numerosos informes. Peor aún de sobrellevar que el peso de la administración es la ingratitud de los alumnos puesto que, aunque todo profesor espere en secreto que algún día esta situación cambie, percibe la impaciencia de sus alumnos en el momento del recreo. Secretamente espera, a menudo en vano, que un discípulo venga a decirle en voz baja: «Todavía no, profesor, mejor nos quedamos a charlar de lo que acabamos de decir...». Una decepción inevitable pero dolorosa. Pero como ya explica Daniel Hameline 8 a aquellos y aquellas que todavía sueñan con que la clase sea una verdadera fiesta del saber, una celebración colectiva consentida de la inteligencia de las cosas, un grupo de descubrimiento alegre y espontáneo, «a partir de ahora, la fiesta está en otra parte». Irremediablemente, para la inmensa mayoría de alumnos, nunca más habrá fiesta en la escuela... porque precisamente «la fiesta se produce cuando no hay escuela». Así que nos hemos quedado desprovistos del todo, viviendo en la esperanza de lo que, a partir de ahora, parece imposible, después de haber elegido un trabajo para materializar algo que resulta inasequible. Constantemente insatisfechos y esperando en vano cada año que nos toque la «clase adecuada», «los alumnos adecuados», con los que podamos recrear la imagen primitiva de la cual se alimenta nuestra elección profesional. Tal vez sea por ello que la promoción, en la educación nacional, consiste en acercarse, en función de la antigüedad y de la escala salarial, a los públicos elegidos –los «grandes institutos», las clases preparatorias para las grandes escuelas– en los que tenemos –o eso nos parece a nosotros– unas cuantas oportunidades más de encontrar aquello a lo que aspiramos legítimamente... Pero tan sólo unas pocas oportunidades más, ya que incluso en la universidad nos desencantamos pronto. Y así es cómo acabamos por quedarnos solos, al final de la clase, esperando en vano la frase que justificaría, en definitiva, todo nuestro esfuerzo: «Todavía no, profesor, mejor nos quedamos a charlar de lo que acabamos de decir...». La irritación ante las exigencias institucionales que nos parecen tan alejadas de lo esencial. He aquí una serie de cosas de las que apenas hablamos y que, no obstante, son nuestro bagaje común: todos vivimos en una



disparidad, difícil de aceptar entre nuestro ideal y nuestra vida cotidiana. Y sufrimos por ello: con mayor o menor intensidad, a veces hacemos que el sufrimiento vuelva hacia nosotros: «Soy un verdadero inútil y nunca debiera haberme dedicado a esta profesión». A veces, lo transformamos en agresividad contra la «pseudodemocratización de la escuela» y «el descenso del nivel que fomentan los políticos demagógicos». Creedme: no hay ningún profesor que esté a salvo de estas quejas. Y no os sintáis culpables por ceder a ellas en algunas ocasiones. Es el inevitable reverso de la moneda. El reverso de la ambición luminosa que nos ha hecho elegir esta profesión... Soy el primero en comprender –porque yo mismo lo he vivido– este sentimiento de irritación frente a lo que se presenta ante nosotros como un acoso administrativo absurdo en comparación con nuestro proyecto de enseñar: «Sr. Meirieu, no ha cumplimentado usted correctamente el cuaderno de textos de la clase... Se está retrasando en la entrega de las notas... ¿Acaso se ha olvidado de las últimas instrucciones ministeriales sobre gramática? ¿Se ha ocupado de convocar a los padres de este alumno? ¿De hablarle al asesor educativo de aquel otro y de reunirse con la asistente social para recordarle el caso de un tercero?». O también: «Sr. Meirieu, no ha hecho usted nada por la semana de la prensa en la escuela, ¿qué piensa hacer para la semana contra el racismo? ¿Acaso no subestima usted su papel en cuanto a la educación para la salud? Parece que se le han olvidado cuáles son nuestras responsabilidades en materia de prevención de accidentes de tráfico. ¿Está usted seguro de que el libro con el que enseña a leer a sus alumnos está en el programa?». Acabamos explotando. Y, en los momentos de cólera, acabamos preguntándonos si los que se ocupan de la administración de nuestra institución no tienen como objetivo principal impedir que enseñemos. Sin duda los responsables de la máquina escuela no han valorado en su justa medida este fenómeno. A veces incluso nos preguntamos si no sueñan con una institución sin profesor: una especie de self-service en el cual los alumnos serían puestos a cargo, alternativamente, de ordenadores y de interventores externos, con evaluación en tiempo real de las competencias adquiridas y nueva repartición inmediata en «grupos provisionales y adaptados». De este modo, los directores y los altos cargos de centros de enseñanza podrían, a partir de un diagnóstico inicial de los alumnos, conseguir lo más parecido posible a la eficacia inmediata, identificar, de la mejor manera posible a los alumnos rebeldes y poner en práctica los remedios necesarios... sin tener que hacerse cargo de los estados de ánimo de profesores

que todavía sueñan con pasearse, de vez en cuando, por la orilla del lliso. Por lo que a mí respecta, no guardo la menor simpatía por esta fantasía tecnocrática que recuerda las escenas más sombrías de la ciencia ficción. Ante todo, soy profesor e, igual que vosotros, no estoy contento de verdad hasta que me acerco un poco a mi fuente interior o cuando salgo de una clase con la sensación de que «ha ido bien». Ante todo, seguir siendo profesor...hasta lo más alto de la jerarquía. Sé muy bien que al confesar esto, corro un riesgo doble: por una parte, el de la necedad y por la otra, el de la provocación. Necedad, para los incrédulos de las ciencias llamadas «humanas» que me encasillarán definitivamente en el ámbito de los mediocres: «Ahora Meirieu se pierde en lo indecible...Un poco más y caerá en una crisis de 24 misticismo». Provocación para los defensores de los «conocimientos disciplinarios» que ven en mí a un sepulturero de la cultura: «Después de todos los discursos que ha mantenido sobre el proyecto de centro educativo y la pedagogía diferenciada, ¿cómo vamos a creer esta confesión insolente?». Y sin embargo, ante un profesor joven, lo digo y lo mantengo: no crearemos la «escuela del éxito de todos», como nos invitan a hacer los políticos, contra lo que mueve a cada profesor en su proyecto más íntimo. Tampoco la crearemos sin los profesores en su conjunto. Imponiéndoles desde el exterior toda una serie de obligaciones que no tienen nada que ver con sus principales preocupaciones y que suelen vivir como obstáculos para desempeñar su misión. Por esto defiendo la idea iconoclasta según la cual sería conveniente que toda persona que asume responsabilidades administrativas o pedagógicas mantuviera un contacto regular con los alumnos: que el director del centro siga enseñando algunas horas por semana su asignatura principal, igual que el inspector, e incluso el inspector general. Que tanto los funcionarios de la administración central del ministerio como los rectores y sus colaboradores sigan dando clase en el ámbito escolar e universitario. Para que nadie olvide de dónde emana y dónde puede regenerarse continuamente el proyecto de enseñar.

1. Sin duda se trata de la célebre leyenda del flautista de Hamelín, cuento medieval readaptado por los hermanos Grimm, pero también por Hugo, Baudelaire o Camus. Hay bellos álbumes para niños sobre esta leyenda, por ejemplo, *Le joueur de flûte d'Hamelin*. Paris. Soleil productions, 2003.

2. El 66% de docentes de institutos y colegios reconoce que su elección profesional ha venido dictada desde muy pronto por el encuentro con uno de sus docentes a lo largo de su escolarización, en comparación con un discreto 29% que confiesa haber obrado influido por sus padres («Portrait des enseignants de collèges et lycées», en

Évaluation et statistiques. Paris. Ministère de l'Éducation Nationale, abril del 2005).

No disponemos de cifras sobre los docentes de educación primaria pero podemos aventurar la hipótesis de que los resultados, aunque sean un poco inferiores, todavía darían una importancia muy grande al encuentro con un «modelo» en la elección de la profesión.

3. Si el tema os interesa, leed la obra de Lucien Malson: Les enfants sauvages. Paris. Union Général d'Éditions, 1964. Encontraréis la historia de los principales «pequeños salvajes» hallados en el planeta, con una bella reflexión sobre «la condición humana». (Trad. cast. Los niños salvajes. Madrid. Alianza, 1973.)

4. Albert Camus: Le premier Homme. Paris. Gallimard, 1994, p. 56. (Trad. cast.: El primer hombre. Barcelona. Tusquets, 2001 [3. a ed.].)

5. N. de la T.: En español, estas dos últimas frases pierden el sentido original puesto que no se puede mantener el juego de palabras de que se sirve el autor por la similitud morfológica entre los dos términos «élevé» (elevado) y «élève» (alumno).

6. El 87% de los docentes de educación secundaria se describe como antiguos buenos alumnos en su asignatura («Portrait des enseignants de collèges et lycées», en Évaluation et statistiques. Paris. Ministère de l'Éducation Nationale, abril del 2005). Pero no os preocupéis si no formáis parte de esta inmensa mayoría. La encuesta no revela que solamente estos «antiguos buenos alumnos» sean excelentes profesores.

7. Platon: Phèdre. (Traducción de Émile Chambry). Paris. Garnier/Flammarion, 1992, pp. 116, 119 y 135. 8. Daniel Hameline: Le domestique et l'affranchi. Essai sur la tutelle scolaire. Paris. Éditions ouvrières, 1977, pp. 167-180. Si os gustan la historia y la filosofía de la educación, es imprescindible leer las obras de este autor. Fue y sigue siendo un maestro para mí, en el sentido más amplio de la palabra. Comprometido, en la década de los sesenta, en un experimento de «pedagogía no directiva» (y, contrariamente a lo que se cuenta, no eran muchos los que exploraban esta vía, a lo sumo, unas cuantas decenas), supo analizarla con una lucidez extrema (La liberté d'apprendre, situation 2, rétrospective sur un enseignement non-directif, en colaboración con Marie-Joëlle 25 Dardelin. Paris. Éditions ouvrières, 1977). Desde entonces se esfuerza por encontrar «la palabra justa» en las cuestiones de educación, lejos de los delirios tecnológicos y de los panfletos de moda. Su libro Les objectifs pédagogiques en formation initiale et continue (Paris. ESF éditeur, 2005 [14. a ed.]) es a la vez una herramienta de formación y un texto de reflexión sobre los envites que plantea el pensamiento pedagógico... con una buena dosis de humor de regalo.

DESARROLLO

1- Solemos distinguir entre el maestro, que debe enseñar todas las asignaturas o materias, y el profesor de secundaria, especializado en una sola. Defiende Meirieu que tanto en uno como en otro nivel los contenidos deben ser rigurosos por lo que se requiere conocimientos profundos acerca de lo que se enseña.



Afirma que no es más fácil enseñar a leer a un niño de primaria que enseñar el teorema de Pitágoras en secundaria. Pero el dominio de los contenidos no da automáticamente las claves para su transmisión, por lo que a unos contenidos exigentes debe sumarse la competencia pedagógica del docente.

Todo aprendizaje requiere compromiso y esfuerzo por parte del alumno, la aceptación de un riesgo que nadie puede asumir en su lugar, pero que el docente debe acompañar. Los alumnos no "asimilan naturalmente" y por sí solos los saberes que les presentamos. Para superar los obstáculos que se les presentan "necesitan puntos de referencia estables que solamente puede proporcionar un profesional de la enseñanza".

Todo profesor en sus inicios sueña en convertir su clase en una "fiesta del saber" con alumnos motivados y dispuestos a aventurarse por los caminos de la inteligencia y la cultura. Pero la realidad del aula nos da la primera bofetada, ya que "la fiesta está en otra parte" como dice Meirieu. Porque para muchos de los alumnos, la fiesta se produce, precisamente, fuera de la escuela.

Todos hemos tenido un maestro o profesor que nos ha marcado, por lo que nos ha servido de guía y modelo, y nos avergüenza algunas veces reconocer que deseáramos ser como él para nuestros alumnos. Pronto nos damos cuenta de que los sueños a los que nos abandonábamos sobre nuestro oficio no eran más que una quimera y cuando nos damos cuenta de la realidad, nos sentimos perdidos.

Primero nos asalta el desánimo, pues la confrontación entre expectativas y realidad se nos muestra de la manera más cruda, sin previo aviso. Nos quedamos descolocados. Posteriormente nos invade la ira al reconocernos incapaces de asumir todas las tareas burocráticas que nos impone la Administración, y pronto nos damos cuenta de que lo esencial no está a nuestro alcance, en políticas educativas contra la desigualdad, en la inversión de mayores recursos, etc. Y, al mismo tiempo, tenemos la percepción de que se nos imponen, desde fuera, obligaciones que consideramos verdaderos obstáculos para realizar nuestra labor.

Toda persona con responsabilidades políticas en materia educativa debería mantener un contacto directo con la realidad que se vive en las aulas, con sus profesores y con sus alumnos.

2- Una condición fundamental del buen maestro es su compromiso con la formación humana. Formar es influir en la manera de ser y actuar de los alumnos, y es un proceso que involucra tanto la razón como la sensibilidad. La posibilidad de formar exige al maestro un proyecto de vida consecuente con los principios que orientan su labor educativa.

Es también una labor esencial del buen maestro tender puentes que comuniquen los alumnos con diversos dominios del conocimiento; señalar horizontes



inagotables de saber; recorrer cortinas que ocultan la verdadera naturaleza de los fenómenos y las cosas.

El maestro debe ser capaz de expresar y sentir ternura, estar siempre abierto y sensible a las vivencias afectivas de los alumnos; transmitir en la experiencia de enseñar el goce del conocimiento; revelar a sus discípulos la manera cómo el conocimiento embellece la vida; contagiar de actitudes de respeto hacia sí mismos, de entusiasmo y calidez en su relación con los otros, de autoconfianza y valoración de sus posibilidades.

Debe ser una persona organizada en sus ideas, segura, y bien documentada para que su palabra comunique con claridad, convenza, tenga impacto, y movilice los alumnos hacia cambios significativos. Que maneje apropiadamente las diversas técnicas, recursos, y métodos de comunicación necesarios para hacer más atractiva y eficiente la transmisión de sus mensajes.

3- Me interesaría leer la obra Lucien Malson: Les enfants sauvages. Paris. Union Général d'Éditions, 1964. Para armar un debate en clase.